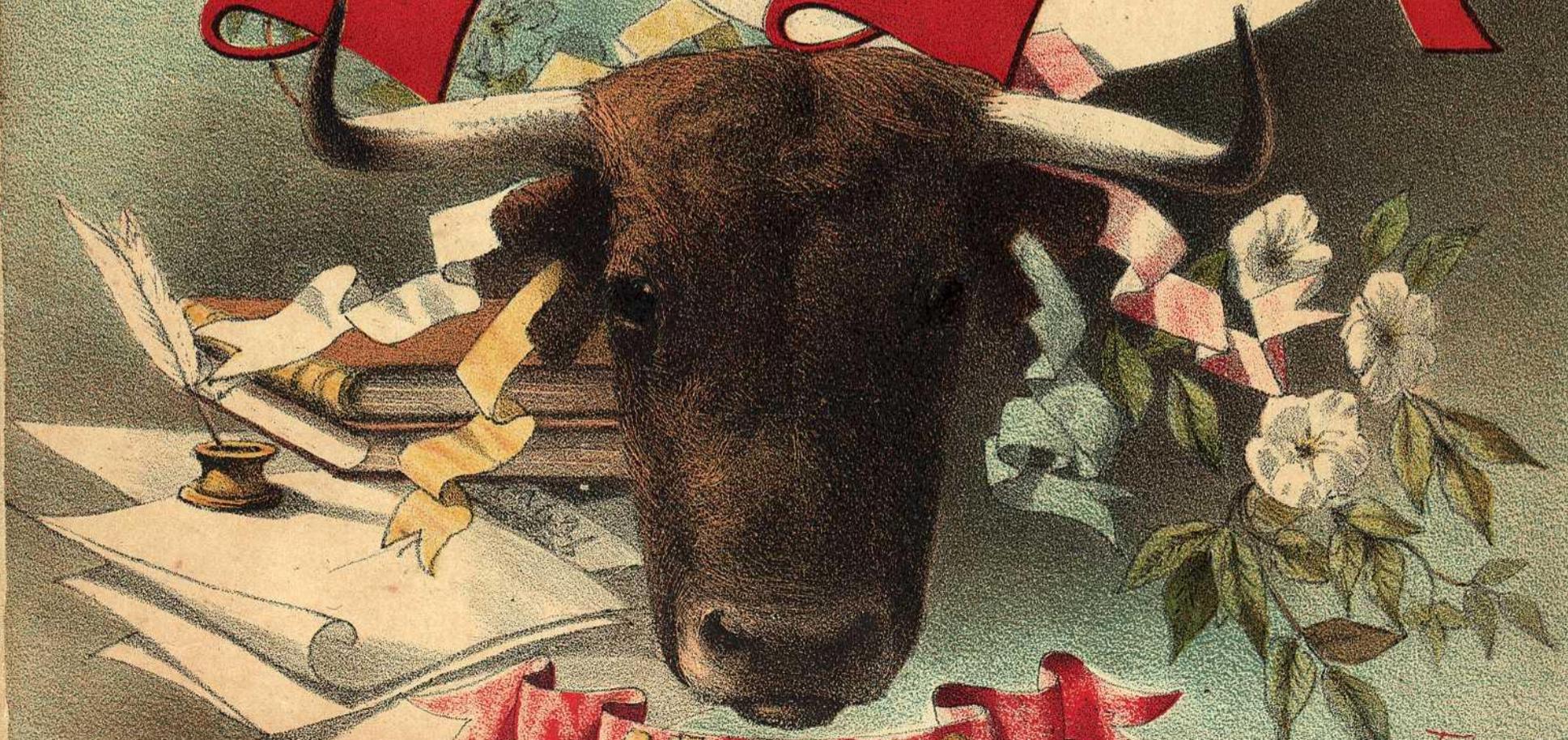


# LA SIDA

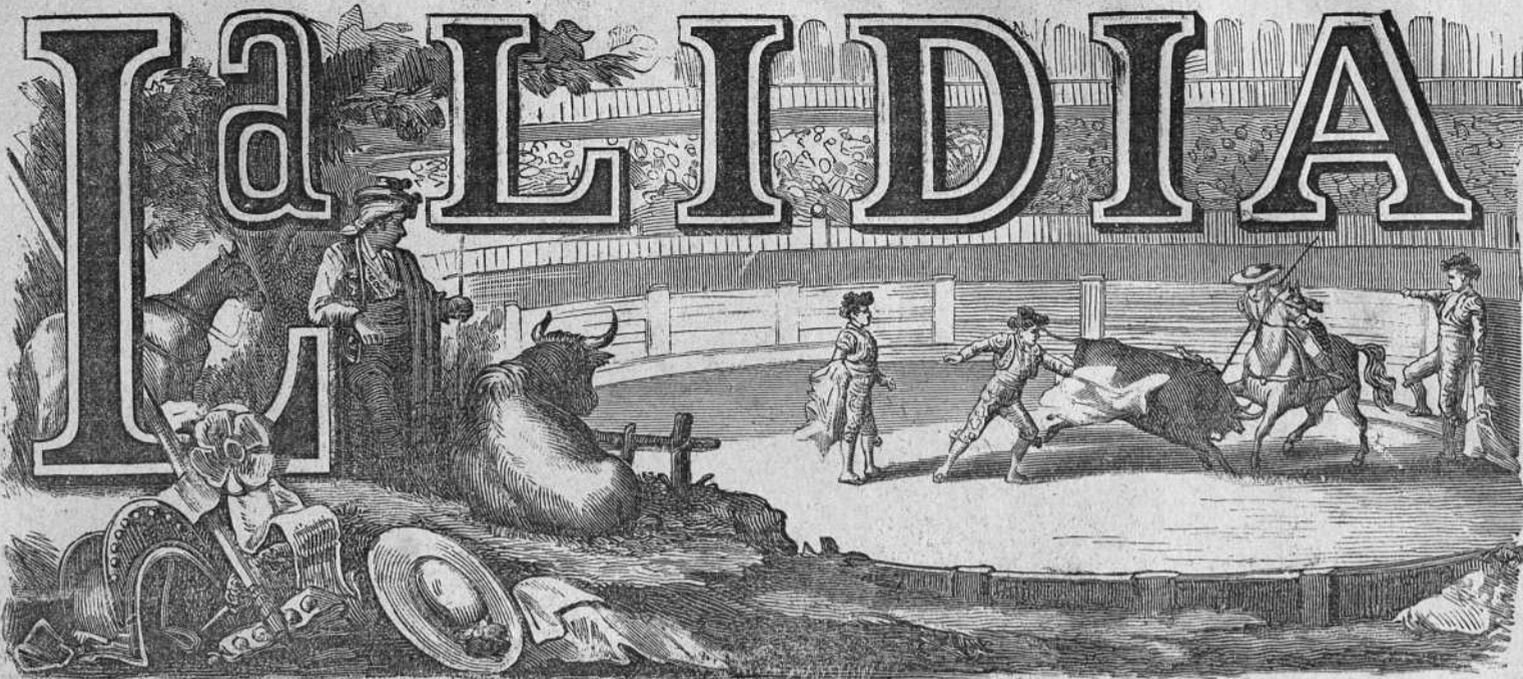


AÑO 1890

J. F.



NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.

## PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50  
 Provincias: trimestre... » 3

## REVISTA TAURINA

## PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios... » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

## SUMARIO

En marcha.—Lo presente y lo pasado y el porvenir?, por J. Sánchez de Neira.—Nuestro dibujo, por Mariano del Tado y Herrero.—En Herrero, por A. Vela Hidalgo.—Un libro notable, por Pascual Millán.—Necrología.—Toros en Madrid (inauguración de temporada), por Don Cándido.

## En marcha.

**O**BTENIDO el reparador descanso reclamado por la práctica de nuestras habituales tareas, emprendemos la novena etapa de nuestro camino a través del árido campo de la tauromaquia, con el constante propósito de llegar al fin deseado; el cual no es otro que corresponder en la medida de nuestro esfuerzo a las condescendencias y mercedes que han venido asegurando la ya larga existencia de LA LIDIA.

Lo que del público vive al público se debe, y á fuer de agradecidos, nos complacemos en consignar nuestro reconocimiento en cuantas ocasiones para ello se presenten al alcance.

¿Hemos de formular de nuevo nuestro programa? Inútil sería, habiéndolo verificado repetidas veces; sólo añadiremos que nuestra marcha será forzosamente desahogada y libre, puesto que no tenemos idea prejuzgada que respetar, ni personalidad determinada que ensalzar ni deprimir. Sin prevenciones ni simpatías para nadie, ni el fuego de la pasión alterará nuestros razonamientos, ni el hielo de la indiferencia influirá en nuestras opiniones. Atentos siempre á las impresiones de la masa común, reflejaremos sus deducciones cuando las exponga y combatiremos sus errores cuando los sustente.

Así pensamos y así obraremos, si circunstancias irresistibles no lo impiden. Adelante, pues, y todo género de prosperidades á nuestros compañeros en la prensa y á cuantos nos distinguen, en cualquier forma, con su favor ó su benevolencia.

## LO PASADO Y LO PRESENTE ¿Y EL PORVENIR?

**R**AZON teníamos al augurar contrariedades á los aficionados al arte taurino, cuando terminamos nuestras tareas el año anterior. En los últimos números de LA LIDIA de 1889, fijamos con insistencia y hasta con terquedad los escollos en que habria de tropezarse para subsanar, en lo posible, el daño que la involuntaria quiebra del último empresario de nuestra Plaza de Toros habia causado á los intereses de la Beneficencia y á la afición taurómaca de Madrid; señalamos el camino que, en nuestro concepto, debiera seguirse para hacer las pérdidas menos sensibles y dijimos terminantemente que de no adoptar prontas y eficaces providencias las autoridades que en el asunto habian de entender, el mal, lejos de atenuarse, iria agravándose hasta llegar á un fatal desenlace.

No se quiso, ó no se pudo,—que en ello no hemos de pararnos,—hacer caso de lo que con tanta antelación veíamos, y luego el momento temido y casi á última hora ha sido cuando se ha intentado poner remedio.

En trámites oficinescos, en consultas y en informes, con resoluciones tardías, se ha invertido un tiempo precioso, porque en España vivimos al día, sin pensar en mañana, y los males que se ven allá en lontananza no nos dan cuidado hasta que llegan á aquejarnos. Tal vez acudiendo á tiempo, teniendo presente los clamores de la opinión pública, que creímos interpretar fielmente, y pensando mucho en los intereses sagrados que á su cuidado tiene la Diputación provincial de Madrid, no se encontrarían las arcas provinciales con la boca abierta, esperando el ingreso de algunos miles de duros, que nunca, como ahora, le han hecho tanta falta.

Lo ocurrido pertenece ya á la categoría de sucesos consumados y no hay poder que lo corrija ni enmiende.

Como habíamos predicho, y todavía más tarde, acordó en 17 de Febrero próximo pasado la Diputación provincial de Madrid sacar á subasta el arrendamiento de la Plaza de Toros por término de dos años, á contar desde el domingo de Pascua de Resurrección del presente, bajo el tipo de 205.555 pesetas en cada uno,—que es el precio en que la tuvo el anterior arrendatario y del que no era posible prescindir, como ya indicamos, si no quería faltarle á

las prescripciones legales.—Se publicó el pliego de condiciones, por cierto con algunas deficiencias, señalando el día 12 de Marzo para la subasta pública, y llegó la hora marcada, que esperaban con tanta ansiedad los aficionados á la tauromaquia como necesidad la Depositaria de la Provincia.

Habíanse hecho, de antemano, comentarios al pliego referido: habian exhalado sus quejas los constantes abonados, porque en él para nada se tiene en cuenta la garantía de los fondos que la Empresa reúne del importe de localidades que aquellos anticipan: susurraban los nombres de personas que se suponía querían explotar el negocio del arrendamiento: examinaban sus cualidades y arraigo, y hasta se hacían presagios de probables pérdidas y de imaginarias ganancias para los que á su cargo tomasen el arriendo. El papel negativo, es decir, el de los que sostenían que es imposible obtener resultados favorables, pagando tan exorbitante precio como era el del tipo para la subasta, habia bajado mucho en la cotización en los círculos taurómacos, elevándose á buen precio el de las esperanzas de los optimistas; y pocos tenían presente que no es bastante la duración del dicho arrendamiento por solos dos años, para reponerse de daños casi seguros en un contrato difícil de plantear en los pocos días que habian de transcurrir desde la aprobación del remate hasta el día de Pascua de Resurrección.

Con estas impresiones se dió principio al acto de la subasta con las debidas formalidades y fué presentado un pliego tan solo que, abierto á su tiempo, resultó estar suscrito por don Manuel Salas, vecino de Madrid, ofreciendo en él, por cada uno de los dos años del arriendo, la cantidad de 205.556 pesetas: una más que las del último arrendamiento. Claro es que se le adjudicó el remate como único postor.

Han concluido, pues, con ese acto las responsabilidades que pudieran afectar á la anterior Empresa Romero-Mazzantini, que habrán quedado limitadas al resultado de fechas anteriores á la del nuevo arriendo; y se ha salvado la situación de los aficionados al toreo, que temían verse privados este año de presenciar corridas dispuestas por una Empresa particular, y amenazados de la gestión administrativa de comisiones incompetentes.

No hemos de entrar ahora á inquirir si, según la frase de un antiguo y entendido aficionado, sería mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer; ni si estaria en su lugar aquel céle-

bre dicho que atribuyen á Fernando VII cuando calificó á los políticos de su tiempo con el epíteto de «los mismos perros con distintos collares». Tampoco nos importan las aseveraciones de malas lenguas que suponen á la nueva Empresa supeditada y aun deudora de algunos beneficios á determinado diestro, cuya influencia se hará sentir en contra de otros á quienes con gusto veríamos alternar en Madrid, y mucho menos nos haremos eco de las murmuraciones de otros, que *apuestan* á que no veremos lidiar á los espadas contratados toros de ciertas ganaderías

Todo eso será verdad ó no y el tiempo se encargará de aclararlo. Si hay exclusivismos los censuraremos, lo mismo que determinados padrinzagos que tanto perjudican las buenas prácticas taurinas. Si no los hay, si se muestra empeño en complacer á la opinión representada por los abonados constantes, ¿por qué no hemos de celebrarlo, llámese el empresario como quiera?

Esperemos y esperando observemos, que no es justo aplaudir ni criticar antes de que se realicen los sucesos. Por de pronto, aplaudimos que en el primer cartel de la temporada figuren Lagartijo, que por su antigüedad y conocimientos merece el puesto que ocupa, y Guerrita, que en pocos años ha conquistado un lugar preferente en el redondel; pero ¡el Torerito! un matador nuevo que nada ha hecho para adquirir de buenas á primeras la categoría de segundo espada. ¡Qué equivocación tan lamentable!

Duro es que llegue un día en que se presente como primer espada y director de la lidia Rafael Guerra, que no tiene condiciones para ello; pero es más disparatado que ocupe un segundo puesto, como matador, un muchacho que podrá algún día ser algo, si se aplica, aunque hoy no lo sea. Esa categoría se adquiere á fuerza de tiempo y de continuada exposición de méritos, no de pronto ni por el compadrazgo. Ya dirá la taquilla á la Empresa hasta qué punto tenemos razón.

También creemos tenerla al criticar el exclusivismo que aparece en los carteles respecto de las ganaderías. ¿No ha comprendido la Empresa que ha de haber maliciosos que supongan, ó den como causa real de no fijarse para el primer abono toros de Colmenar, la resistencia á lidiarlos de algunos de los matadores ya contratados? ¿Creerá acallar esas hablillas, dándolos en el segundo abono, cuando sean otros diestros de distinta tierra los que hayan de lidiarlos? Y los Palhas, ¿para cuándo quedan?

En su derecho está la Empresa, no hay que dudarle, disponiendo las corridas como mejor la plazca. Reconocemos que es la primera que ha señalado las fechas en que han de trabajar los espadas y los toros que han de ser corridos, y hasta la enviamos un entusiasta aplauso por la cláusula, favorable al público, de suplir con toros de ganaderías de primera nota á los que se inutilicen ó no puedan por razón de fuerza mayor ser lidiados; pero los resultados han de decirle que la Plaza de Madrid exige más equidad en la distribución de ganado y mejor cartel.

Dios la dé buena suerte para que pueda rebajar los exorbitantes precios que se pagan por ver una corrida de toros en la Plaza de Madrid.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

## NUESTRO DIBUJO

### I

Ya cesó de las campanas el ruidoso clamoreo que anunció durante el día la resurrección del Verbo. De la oración con el toque apagó el sol sus reflejos, dirigieron las palomas hacia el palomar su vuelo, se ocultó la golondrina del tejado en el alero, y atravesando los campos de la noche en el silencio, se oyó veloz trepidando

á la serpiente de hierro. Mitigó luego su furia al aproximarse al pueblo; anunció con sus silbidos de la expedición el término, y en la estación de llegada bajo el metálico techo penetró pesadamente y con imponente estruendo. Los que el andén ocupaban pusieron en movimiento para acercarse cuanto antes al esperado viajero; se abrieron las portezuelas y entre las muestras de afecto, los apretones de manos, los abrazos y los besos, marcharon á sus moradas las cuadrillas de los diestros que llaman las afecciones del público hacia el toreo.

### II

Más tarde, en la transición del pasado al nuevo día, y mientras la población de la dura obligación el cansancio el sueño fía, atravesando del cerro el árido peñasal, anuncia al próximo encierro el sonido del cencerro y el canto del mayoral, y adelantan apiñados, descendiendo la colina, por jinetes custodiados los bichos predestinados para la fiesta taurina.

A veces, porque le inquieta la bravura que le enciende, alguno no se sujeta, y ni á los mansos respeta ni á los vaqueros atiende;

la caravana se agita; se reparte más de un susto, y porque el caso le irrita, el conocedor ajusto truenos y rayos vomita.

Mas es cosa de un momento, pronto el arrepentimiento volver hace á aquella boca el sencillo monumento de una cruz sobre la roca, que hizo á Zorrilla exclamar: —«A quien suele con la luz y en compañía blasfemar, bueno es hacerle pasar de noche junto á una cruz.»

### III

Y presurosa la gente entre chacota y jaleo, camino del coliseo se dirige alegremente...

En peligrosa carrera cruzan la calle á porfía los *simones*, el tranvía, el coche á la cálesera;

el landó particular conduciendo hermosas caras, el carro de tollo ó varas y la cuba de regar; y siendo en tal confusión cada carruaje repleto de lidiadores, objeto de especial admiración.

Todo alegría respira en momento semejante; menos la mujer amante que tras los cristales mira cómo se aleja el esposo con rico traje vestido, satisfecho y decidido á ejecutar en el caso sus temerarias hazañas; y que en lágrimas deshecha, entre sus brazos estrecha al hijo de sus entrañas, pidiendo con ansiedad en plegaria fervorosa delante de la piadosa Virgen de la Soledad,

no haga la desdicha ruda que al fin de aquella jornada deje el valeroso espada un huérfano y una viuda.

### IV

Pero las penas ocultas y del alma las tristezas, son para el que no las sufre difícil de comprenderlas. Por eso el que va á los toros no piensa más que en la fiesta, sumando satisfacciones á medida que se acerca;

y es una emoción tras otra ver izada la bandera, contemplar el edificio, traspasar luego sus puertas, saludar á los amigos que á cada paso se encuentran, oír música en el ruedo, visitar las dependencias, recorrer las galerías, ascender las escaleras, buscar las localidades para acomodarse en ellas, observar si el Presidente hace á su tiempo la seña, recrearse en el paseo, notar cómo en la barrera sustituyen los capotes de lujo por los de brega, cómo recogen la llave, cómo los diestros se aprestan y cómo abierto el chiquero da comienzo la pelea.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

## EN HERRADERO



ERMOSSÍMIMA noche era aquella: sereno y embalsamado el ambiente, silencioso el campo, alta la luna, y el camino desierto de la dhesa abriéndose paso por entre jaras, lentiseos y tomillos.

Iba acercándome al cortijo y cada vez oía más distintamente cadencias de cantos, resonar de voces y el rasguear de la guitarra. Por encima de las tapias, que perfilaban las crestas de sus blancos caballetes sobre la mancha oscura de los chaparros, alzábase un vapor brillante de luz y de vida que iba difundiéndose en las sombras del contorno y perdiéndose en el silencio distante de los campos.

Llamé en el portalón con recios y repetidos alabonzos, el ladrillo furioso de los perros dominó las voces que dentro alborotaban, abríéronme y entré.

Como en el alto del convoy de un ejército ó en parada de feria, obstruían el anchuroso patio coches y carros, unos con las largas lanzas desguarnecidas, otros volcados de zaga y levantadas las varas en alto; por todas partes atalajes, aparejos, alforjas y cargas en montón, y acá y allá infelices asnos amarrados, que faltos de albergue en las cuallras repletas, dormirían al raso cuando limpiara su hocico el último granzón de las espuestas.

En el fondo del patio un trozo de jardín daba entrada á la casa, grande y antigua, entre palacio y solariego caserón, y allí había luz, alboroto, risas, bromas, alegría y vino y belén en grande y para rato: á la izquierda, en las cuadras, molían el pienso las bestias en filosófica quietud, solo turbada por cual cox ó relineho, y en el ala derecha, á las cuadras frontera, tenían la fiesta suya la gente de campo; aperadores, mayoresales y manijeros, vaqueros y yegüerizos, mozos de labor y *jembras* buenas.

Antes de entrar en la casa me propuse gozar del espectáculo de aquella *juerga*, cuyo clamoreo sonaba acompañado por el bordón de la guitarra, y me asomé á la puerta.

En una ancha y enlozada sala, grandísimo rectángulo de paredes desnudas y sucias y ventanas altas, destinado, á su tiempo, á faenas tales como el esquileo y la matanza, bullían unas dos ó tres docenas de vivientes, entre hombres y mujeres, tan malamente lucidos por un par de humeantes candilones y tan bien alumbrados por el mosto, que mi curiosa presencia pasóles del todo inadvertida.

Aquellas gentes, por una aberración extraña, en ellas propias, se encerraban en sombras, ahogándose con el hálito del vino y el humo del tabacazo, y prefiriéndolo al puro ambiente del campo descubierto, sólo por dejar de hallarse una vez en el medio constante de su vida.

Unos sobre desvencijados banquillos, aquél sobre una albarda, otros en el suelo y de pie los demás, reían y cantaban en grupos y en corrillos. Un mozo guapo, sentado en una mesa, tañía la clásica guitarra y lanzaba al aire, desabrochado el cuello, la bronca voz del *cante jondo* de la Sierra. Sobre aquella mesa había un anejo barreñón lleno de vino y un lebrillo en el que un tesoro de aceitunas partidas se bañaba en el avinagrado aliño de ajo y pimentón; de uno y de otro íbase trasegando el contenido á los estómagos de los concurrentes, que con liberal confianza alternaban en la faena de achicarlo mediante las continuas inmersiones de un par de vasos toscos que hacían el avío para el vino, y de alguna echara de cuerno, cuando no de los toscos dedos, que no lo hacían menor para las aceitunas.

Acostumbrándome á aquella luz, pude distinguir cosas y personas, caras y facciones: por cierto que las había indignas, en las hembras, de aquel antro fétido y tenebroso. Aun pude observar más en poco tiempo, pude ver detalles de algo así á modo del embrión de un drama, poema pastoril y naturalista cual ha de serlo al fin el que tenga acción real entre gente campesina.

En un banco pequeñísimo, muy cerca y hacia un lado de la mesa, casi á espaldas del tañedor, había una pareja, y estaban ella y él tan unidamente sentados

como lo requería la estrechez del asiento, de acuerdo al parecer con las mutuas aficiones de ellos, que de tal modo se miraban al hablarse y de manera tan feliz sonreían, que demostraban bien claro mutua y conveniente inclinación.

Era el hombre joven y de buen porte, y en la expresión ruda de su semblante había algo, sin embargo, superior al burdo mozo de labranza; ella era hermosa muchacha, morena, de ojos negros, de mirar picaresco, pero de sonrisa abierta y sin malicia; de manera que la sana frescura de aquella boca franca, reñía con el fuego abrasador de las incentivadas pupilas.

Ellos eran el idilio: el drama lo vi en la actitud del de la guitarra, que de vez en cuando volvía la vista por encima del mástil para mirar por breve instante a la pareja. Pero con que mirada! Tornaba la cabeza al punto, inclinándola sobre el pecho, y al alzarla nuevamente, arrancando un *gipio*, miraba al cielo. Pero de qué manera! Qué drama sombrío aquel que se agitaba, sin duda, en el alma del pobre muchacho.

Había visto bastante salir desde el patio, atravesé el jardín y entré en la casa. Alegría sin sombras, buena cena, conversación chispeante, vino limpio y dorado, mucha luz, mucho ingenio, sobre todo muchísima broma para disponer el cuerpo y el espíritu al gran jolgorio del día de mañana; y la gran comedia campestre. Porque, no lo he dicho aun, al día siguiente se empezaba el herradero.

Amaneció un día espléndido. Cuando desperté ya había comenzado la faena desde bien temprano, con lances hasta entonces de poco interés: unos cuantos *añajos* que no habían venido al mundo de estirpe esclarecida y de abito, sino de advenedizas madres recién compradas, habían sido herrados después de castrarlos, para venderlos en la próxima feria.

Se reservaba para la tarde el hacer herradero con los preclaros castigos de la torada, en los dominios nacidos a los registrados con toda la historia de sus progenitores, y el bres por la boyante prole que habían difundido en las plazas del reino.

Allá, en la cerca próxima, se apacentaba la torada y finimos a caballo por ver desde fuera las galanas artes con las que mayores y vaqueros separaban de las reses mayores aquellos angelitos empitonados, esperanza de su raza, a los que estaban reservadas grandes hazañas sangrientas, reuniéndolos en un ángulo de la cerca vecino al portillo por el que habrían de salir luego para ser encerrados en la corraliza próxima, comunicada con el gran corral para la faena, cuyas altas tapias se extendían a espaldas de la casa solariega.

Inesperado lance produjeron gran disgusto. Allá, al extremo opuesto, donde algunos vaqueros retenían a las reses grandes, vimos arrancarse a un torete con viaje resuelto hacia un pobre hombre que, si bien esquivó el primer encuentro, acosado en el segundo, tiróse al suelo derrotándole el toro por encima, y cuando era de esperar que, vuelto ya de frente a la torada, la quierencia natural le haría regresar a ella, el mal intencionado bicho revolvióse, y haciendo por el bulto, que seguía en el suelo sin moverse, lo recogió tres veces y encarnizadamente se cayó con él hasta matar al infeliz vaquero sin que pudiera alcanzarle humano ni divino auxilio.

La consternación fué grande. Aquel torito bravo, que siendo *era!* fué cobarde y temido al palo de la tienda, y que en la última, ya de *alzo*, resultó muy blanco y rebeloso, proximo entonces a *cuatreño*, y ante aquella prueba de su instinto ladrón que hacia perder toda esperanza, decidió en consejo de ganaderos destinarle sin piedad a la carreta. En el salto mandósele enlazar y conducir al corral, y allí nos fuimos a presenciar el cruento sacrificio.

Pero allí habíamos de ver otro acontecimiento grave y de grande importancia para el drama del que aquí tomo apuntes.

Tendido en tierra aquel innoble bruto rompió sus ligaduras, y sobrecojida la gente que le rodeaba, no todos alcanzaron burladero. Un mayoral ya viejo quedóse en la estacada, y fué una nueva víctima de la codicia de la fiera.

Era aquel hombre el padre de la moza morena que la noche anterior requetaban en el banquillo estrecho; y prorrumpiendo entonces en agudos y desolados gritos, la vimos lanzarse al corral y precipitarse tras de ella varios hombres, luchando por sujetarla.

Al tropel y a las voces volvíose el toro, mirólos aplomado moviendo su testuz ensangrentada con nervioso temblor, hizose atrás cual si quisiera tomar empuje para emprender carrera, y a su vista medrosa, atropellóse la gente puerta adentro sin cuidar de cerrarla.

Solos quedaron allí mudos de terror y extáticos la moza y su galán unidos en estrecho abrazo. La situación en aquel momento era horripilante: dos victimas más muy pronto, y luego, puerta adentro... ¡quién sabía! Salida al otro patio, hombres, mujeres, coches, carros, caballos en las cuadras... ¡espantoso estropicio!

De pronto, Juanillo el Zocato, hijo del mayoral de la yeguada, mozo barbilampino, vivo y despierto, de corazón valiente, de agilidad y fuerzas bien probadas domando potros fieros y burlando reses, Juanillo el Zocato, el mozo de la guitarra, que había sido compañero inseparable de Angustias la morena, púsose en medio y extendió un capote.

—Juanillo de mi alma, ¡sálvanos!—gritó Angustias. Detúvose el toro sorprendido, volvió Juanillo la faz pálida un momento, y arrasados en lágrimas los ojos miró a los abrazados amantes.

Aquello fué obra de un relámpago. Repuesto el

toro arremetió al engaño; envolvióle la cabeza en el del muchacho, cogióle de mancuerna, y tras brevisima lucha vimos al toro en tierra las patas por el aire y al mozo de rodillas siempre asido a las astas.

Fácil fué enlazarle con más seguridad cuando los hombres volvieron a sus puestos, y consumar la sentencia condenando a la carreta ó al arado a aquel toro padre en flor, que no podría aspirar en adelante a otro papel que al de *tio* pasivo.

Un año después volví al cortijo aquel. Angustias y su novio eran marido y mujer y vivían holgadamente allí. El tenía un buen cargo, era aperador muy entendido con dotes de mando y práctico en cuentas. Había sido sargento en el ejército.

Juanillo el Zocato supo que se había hecho torero y que lo veían en el cortijo rara vez y de paso, siempre con su maleta al hombro.

A. VELA HIDALGO.

UN LIBRO NOTABLE

o es en grado sumo el que con el título de *Los Toros en Madrid*, verá muy en breve la luz pública.

Su autor, D. Pascual Millán, no figura hace tiempo entre los colaboradores de LA LIDIA, pero esto no obsta para que, reconociendo los indiscutibles méritos que como escritor taurino y como literato posee el Sr. Millán, nos apresuremos a dar idea de una obra que tiene verdadera importancia y que ha de alcanzar seguramente extraordinario éxito.

sin perjuicio de ocuparnos en ella con el detenimiento que merece tan pronto como se publique, insertamos hoy parte de uno de sus capítulos, a lo cual su autor nos autoriza, complaciéndose LA LIDIA en ser el primer periódico que reproduce algunos párrafos de libro tan notable.

«La nobleza española, recogiendo lo que de típico encierra nuestro carácter, lo llevó a la arena, realizando actos de tal arrojo y valor, que si merecen censura por no aplicarse a fin más grande, no por eso pueden ser desconocidos.

Aquellos nobles consideraron la lidia como un verdadero duelo, como un lance de honor, y aplicaban a la lucha con el toro los mismos ó parecidos preceptos cabalrescos del torneo.

Multitud de cartillas y reglas para torear se escribieron entonces, y en todas se trataba al toro, no como una fiera, sino como un rival a quien había que vencer noblemente con la hidalguía peculiar de caballeros. De aquí aquellos continuos *empuños de a pie*, que resultaban de la lucha, y en los que el lidiador no podía ser auxiliado por el toro; de aquí el corto tiempo que la lidia duraba cuando el, sintiéndose al hierro, no acometía al jinete, porque era indigno de este reptar con enemigo que huía, y de aquí, por último, la determinación de los casos en que había de hacerse uso de la espada y de los en que se podía ser socorrido.

Para aquellos lances no había más aprendizaje que el valor; así era frecuente ver salir a la Plaza jóvenes nobles que nunca se hallaron delinte de los toros y entablar la lucha como si a tales lides estuviesen avezados.

Y llegaba a tal punto el prurito de probar el valor, se tenía en tal estima a los más arrojados, que las mujeres estimulaban a sus maridos, las damas a sus galanes, y lo que es más incomprensible, las madres a sus hijos.

Citase el caso, y así lo consigna también Vargas Ponce, que estando «con su rejón a la puerta del toril D. Francisco Tavares, porque no salió el toro se puso en pie su madre, que llevaba apellido de Guzmán, y le gritó: *¿Qué haces ahí desairado?* Lo que obligó al hijo a meter piernas y entrarse al toril, de donde saliera revuelto con el toro, y por gran fortuna no hecho pedazos, como esperaba el atónito concurso.»

Estos alardes de arrojo cautivaban a las damas de entonces, que siempre el valor ha encontrado fácil acceso en el corazón de la mujer; así es que los más diestros en la lidia los que con más sangre fría exponían su vida eran, y permitase la frase, los gallos de la corte, naciendo de aquellas corridas una serie de desafíos que se anunciaban públicamente, fijándose carteles «en diferentes partes públicas», no limitándose a esto los retadores, sino que emprendían largos viajes por buscar al retado, como consta en los citados carteles de aquella época, especialmente en el que D. Juan de Herrera, caballero de Santiago, dirigió al marqués del Águila, a quien antes había buscado, no sólo en España, sino en Alemania é Italia.

Y vino la maza popular, póstico reflejo de la opinión, a demostrar el ascendiente que los caballeros lidiadores tenían con el sexo bello, corriendo de boca en boca versos por este estilo:

«Yo soy a quien no conoce  
y quien solo de miralle  
matar los toros un día  
no hay gusto que no me mate.»

«Madre, un caballero  
que a la fiesta sale,  
que mata a los toros  
sin que ellos le maten,  
quisiera bien luego,  
bien le quise, madre.»

Dada la temeridad de los lidiadores y las desventajas que la lidia les ofrecía, no hay por qué decir que eran muchos los accidentes desgraciados.

El marqués de Velada, uno de los mejores rejoneadores del siglo XVII, sufrió tan terrible herida que fué preciso sacarle de la Plaza, por más que él, con un valor extraordinario, no quisiera dejarla, viéndose precisado Felipe IV a intervenir mandando retirar al herido.

El duque de Lerma, otro de los buenos lidiadores de entonces, fué lesionado varias veces.

Al marqués de Pozoblanco le sacaron muerto de la Plaza donde entró a rejonear, y sábase (aunque no puedo precisar la fecha) que D. Diego de Toledo, hijo del duque de Alba, murió en la flor de su edad de resultas de una cogida.

Por último, las rivalidades entre los lidiadores, la exageración de los partidarios de cada caballero, que veía mal todo lo que los otros hacían y siempre bien lo que su idolo practicaba, aumentaban los peligros.

Sucedía entonces lo mismo que hoy; cada lidiador de cierta fama tenía sus *anabaptistas*, y los había lo mismo del duque de Lerma que del marqués de Algaba ó el conde de Villamediana.

Y si entonces no existían revistas de toros, no por eso se libraban de la crítica aquellos lidiadores. Los grandes ingenios de la corte escribían punzantes sátiras, mucho más temibles, dada la calidad de las personas, a quienes se dirigían, que lo son hoy nuestras revistas taurinas.

Dicho se está que siendo el espectáculo de toros el que más agita las pasiones, los críticos del siglo XVII se dejaban arrastrar por ellas, y pocas veces la imparcialidad se hermanaba con la justicia.

Ni más ni menos que pasa ahora.

Góngora, que sólo elogios tenía para el duque de Lerma, y de quien escribió un extenso panegírico, amén de las composiciones que le dedicaba en cada fiesta de toros, llevó su pena contra el ya citado marqués de Velada, hasta el punto de dedicarle un soneto muy poco caritativo el día que aquél sufrió la cogida antes dicha.

Otros, en cambio, aprovechaban el más ligero descuido del duque para zaherirle:

«El duque cae muy bien sobre la silla,  
Aunque *caer* mejor; pero no cinda,  
No pase por la villa la palabra,  
Cayó primera vez de rabadilla, etc.»

Entre todos los críticos era Quevedo el más temido. Satirizaba sin piedad a los rejoneadores que no eran muy de su devoción, con composiciones por el estilo:

«Si con decir que cayeron  
los quisieron deshacer,  
responlan los que lo vieron  
que los serafines fueron  
inventores del caer.»

A buena resolución,  
rostro seguro y sereno,  
caigale mi bendición;  
cuerpo en la Plaza es bueno,  
y malo en la tentación.  
Y si quieres parecer  
de este ejercicio maestro,  
acómete sin temer  
y reza del Padre Nuestro  
el no nos dejes caer.»

Esto tratándose de simples y muy comunes caídas de los jinetes, porque cuando alguno de ellos no mostraba toda la bizarría que era de rigor, el satírico vate extremaba el epigrama con redondillas de este jaez:

«Eché el cielo su capote  
por no ver un caballero,  
que al contar sirvió de cero  
y al torear de cerote.»

No llevaron siempre tales críticas aparejada la impunidad. Una de ellas que empezaba: «*Son los toros de toray*», y en la que se aludía al Conde Duque, valió al poeta el destierro.

Todas aquellas sátiras excitaban a los que eran su objeto, naciendo de ahí una serie de actos verdaderamente heroicos realizados en la Plaza.

Este carácter de espectáculo se mantuvo hasta fines de siglo. Entonces las corridas iniciaron ya el rumbo que habían de tomar años después.

CÍRCULO NACIONAL

La iniciativa de unos cuantos amigos, verdaderamente entusiastas por nuestra fiesta nacional; su perseverancia para vencer toda clase de obstáculos, —que no son pocos los que se suscitan para impedir ó estorbar el feliz término de repetidas gestiones,— y su empeño decidido, han levantado por fin el centro taurino, que tanta falta hacía en nuestro pueblo, y que con gran solemnidad y júbilo de un inmenso número de socios se inauguró con el título de «Círculo Nacional» el día 20 del pasado Marzo. Situado en lo más céntrico de la corte, adornados con lujo todos sus grandes salones, y componiendo la sociedad individuos respetables, la existencia del Círculo está asegurada por largo tiempo, y con ella satisfechos los deseos de gran número de aficionados al arte de Montes y Pepe llo.

## Necrología

El imprescindible tributo que continuamente rinde la humanidad a la muerte, ha alcanzado también, durante nuestro silencio, a algunas personalidades relacionadas con la fiesta nacional, a las que creemos un deber dedicar ligero recuerdo, ya que no podíamos ocuparnos de sus circunstancias y merecimientos con la extensión que deseáramos.

\*\*

Figura entre ellas el banderillero Manuel León (Lolo), perteneciente a la cuadrilla del espada sevillano Manuel García (el Espartero), que pasó a mejor vida en la capital de Andalucía, su país, hará próximamente unos tres meses.

El Lolo era solo conocido en la mencionada población, hasta que la fama de su maestro llamó a la cuadrilla a diversas Plazas de España que solicitaron la presencia del arrojado García en sus redondeles, entre ellas la de Madrid. Aquí le vimos y aunque no encontramos en el banderillero de referencia excepcionales condiciones de torero, notamos imparcialmente que llenaba con discreción su puesto, distinguiéndose como peón bastante más que con los rehiletos. Era apreciado del espada y procuraba corresponder hasta donde le permitían sus facultades.

\*\*

También falleció en Aranjuez el picador Eugenio Fernández (Manitas), que trabajó con frecuencia en nuestro circo taurino.

Sin pertenecer a determinada cuadrilla Manitas, no sabemos si por ser hijo de la provincia ó estar en ella bien relacionado, se presentaba casi todas las temporadas en esta Plaza, ya sustituyendo a compañeros lesionados ó ausentes, ó contratado por las empresas.

Cumplía su cometido sin gloria ni desdoro y nada más.

\*\*

Juan Antonio Mordejar (Juaneca) fué, años atrás, un picador de envidiable fama y un sobresaliente caballista siempre. En este último concepto la opinión era unánime y se le citaba como modelo de toreros de a caballo. Como garrochista, dejó de sus buenos tiempos tan grato recuerdo, que no fué suficiente a borrarlo lo mucho que para conseguirlo hizo posteriormente.

Sus conocimientos y sus facultades le colocaban en situación de haber figurado fijamente al lado de espadas de primer orden; pero las genialidades de su carácter le enajenaron esta conveniencia, proporcionándole alguna corrida en estos últimos años la consideración de lo que valió y la repetida escasez de recursos en que solía encontrarse.

Cometido a un procedimiento de justicia, á consecuencia de sucesos de que se ocupó la prensa recientemente, ingresó en la Cárcel Modelo, donde la muerte puso término á tan desdichada vida, que bien pudo ser útil y provechosa mejor empleada.

\*\*

Por último, el 23 de Marzo próximo pasado bajó al sepulcro en Bilbao, víctima de penosa enfermedad, el Sr. D. Joaquín Mazas y Orbeago, conocido en la literatura taurina con el pseudónimo de *Un Alguacil*.

Con *Sobaquillo* y *Sentimientos* formaba la trinidad que dio á la revista de toros en el periódico diario ese corte espiritual é ingenioso que ha sido y es regocijo no solo de aficionados é inteligentes sino también de los menos afectos al espectáculo.

La pluma de Mazas era correctísima; su gracia culta y espontánea, la forma variada y amena y la crítica imparcial y mesurada.

Cuando las letras patrias sufrieron tan rudo golpe con la pérdida del inolvidable D. Antonio de Trueba, el de los *cantares*, como le llamaban los vascongados, la Diputación provincial de Vizcaya eligió para sustituirle en el cargo de Cronista y Archivero de aquel ilustradísimo Señorío á D. Joaquín Mazas, haciendo así justicia á los merecimientos del joven y malogrado escritor; cargo que ciertamente ejerció bien poco tiempo, pues el destino le abrió la tumba al empezar á ocuparse de lleno en los importantes trabajos que le habían sido encomendados.

Descanse en paz el querido compañero y reciban sus atribulados padres y familia la expresión del profundo sentimiento que embarga á la redacción de LA LIDIA, recordando al distinguido literato.

## Toros en Madrid.

INAUGURACIÓN DE TEMPORADA.—6 MARZO 1899.

Para que una corrida inaugural correspondiera á la expectación del público, se necesita que traspase los límites de lo bueno.

Tal es el entusiasmo que despierta en los aficionados el principio de la temporada y el estímulo que les invade por ocupar todas las localidades de la Plaza.

Por este motivo, y teniendo en cuenta que el lleno es seguro, puede presumirse que los elementos han de flojear en ella, si quiera más adelante se refuerzan, para cuando el entusiasmo va decayendo y los ingresos acortándose.

En esta presunción, no tenemos gran confianza en la corrida de ayer; y de que no nos equivocáramos son pruebas evidentes las que se desprenden de su reseña.

A las tres y media en punto se hacían las señales de costumbre, y poco después aparecieron Lagartijo y Guerrita, encargados de la lidia de los seis toros anunciados de don Faustino Udaeta, que fueron saliendo al redondele por el orden siguiente:

1.º *Borriguero*; negro bragado, lison, meano, de carnes y con escasa cuerna; algo tardo en las arremetidas y con poco poder, tomó ocho varas y dió una caída.

Juan Molina empezó con un par desigual entrando mal; siguió Antolin con otro al cuarteo regular, terminando el primero, después de una salida falsa, con otro en la misma forma y tan mediano como el primero.

Rafael, que viste de verde y oro, pasa despegado cuatro veces con la derecha y da media estocada á volapié, con cuarteo y todo; sigue á esto nueva faena de muletazos con la derecha, más desconfiado que la primera, para otro pinchazo arrancando lejos y saliendo por pies achuchado por el toro, que cuarteo tanto como el matador, y finalmente y á paso de banderillas, largó una baja y cruzada, saliendo el espada de estampa por el hilo de las tablas, después de volver la cara para herir. (Silbidos.)

2.º *Arreccio*; negro bragado, astifino y ancho de cuna, y con tan poco poder como el primero. Tomó ocho varas por dos caídas y un caballo muerto.

El Primito, citando lejos y entrando atropellado, clavó un par que resultó algo desigual; Mojino, tras largos preparativos, salió en falso una vez, y después, cuarteando, puso medio par, repitiendo la escena primera el Primito para poner medio par.

Guerra, también de verde y oro vestido, pasó de muleta á la res parado y con arte nueve veces, y se arrancó con una estocada hasta la mano, á un tiempo, que hizo polvo al animal. (Muchos aplausos.)

3.º *Parido* se llamaba este eboto en defensas, que fué cárdeno entrepelado, bragado; con más voluntad que sus hermanos tomó ocho varas, dió tres caídas y mató dos caballos, que entregaron los picadores.

Manene puso medio par en la pezuña, y repitió con otro desigual; y el Ostión, que toró por primera vez en la cuadrilla de Rafael, clavó un par bueno.

Rafael aburrío al becerrote que estaba noblón, con una serie interminable de pases, pocos de mérito, si bien dados con confianza al principio, hasta que á favor de obra y á paso de banderillas, dió media estocada en lo alto, que bastó para que el toro muriese sin necesitar puntilla.

4.º *Tortolito*; cárdeno, remendado, bragado, rebarbo y astillado del izquierdo; incierto y tardo para las acometidas, tomó seis varas y dió una caída.

Guerra menor cuarteó un par caído, y Almendo cumplió con otro superior, también al cuarteo, terminando Guerra, después de pasarse sin clavar una vez, con otro par muy malo.

Guerrita, completamente solo al principio, toró muy bien y con mucha inteligencia á un toro que estaba descompuesto, y de cerca, pero volviendo la cara, atizó un sablazo en la barriga, de la que se echó el toro, levantándole el puntillero para que el matador intentase el descabello y luego diera un pinchazo en hueso y lo rematase con la puntilla.

5.º *Gallinero*; colorado, bragado, ojo de perdiz y cornicorto. Tomó con algún poder ocho varas, dando dos caídas y matando dos caballos.

Antolin cuarteó un par desigual, y Juan Molina otro como el anterior, repitiendo Antolin después de media hora con otro par de la misma estofa.

Juan, antes que su hermano, tanteó la fiera y no debió parecerle mal á Rafael que se confió con ella; pasó parado y con sobriedad y recetó un volante superior cayendo el toro instantáneamente. (Aplausos.)

6.º *Enanito*; cárdeno salpicado, bragado y cornipaso. Tomó con voluntad y poder siete varas, dió una caída, y mató un caballo.

El público pide que paren los espadas y éstos acceden, entrando primero Rafael, clavando un par caído y saliendo rebocado con el toro y Guerrita otro magnífico de frente, siendo los dos muy aplaudidos. Después puso Primito medio par.

Guerrita pasó al toro y citó para echarse fuera con media estocada tendida que escupió el animal; dió luego un pinchazo en hueso, arrancando; después otro, tomando también hueso, y por fin una estocada honda que bastó para que el puntillero rematara.

### EL GANADO

Cuando se corrieron en la última temporada reses de la ganadería de D. Antonio Hernández, que ya se dijo había sido traspasada por su dueño al Sr. D. Faustino de Udaeta, aconsejábamos al nuevo poseedor, en vista del resultado que en aquel día ofrecieron, dirigiese sus esfuerzos á afinar la vacada de su reciente volapiedad, pues de lo con-

trario no conseguiría igualarse ni aun acercarse á otras muchas de la tierra y de Andalucía.

Con presencia de lo que ayer dieron de sí los toros del Sr. Udaeta, repetimos el consejo de entonces, toda vez que de otra manera solo conseguirán aburrir á los aficionados.

Ni como estampa, ni como carnes, se distinguió ninguno de los seis, presentando, á mayor abundamiento, acentuadas deficiencias en sus armaduras, hasta el punto de haber toro, como el sexto, cuyos cuernos en perfecta línea recta, debieran considerarse en las reses como inútiles para la lidia.

Cuanto á bravura y nobleza, Dios la dé; siendo el único que presentó señales de buena sangre el corrido en tercer lugar, que era un aceptable becerro de hecho y de derecho.

El contratista de caballos cobró ayer una letra y salió del paso con el limitado número de cinco bajas en sus caballerizas.

### LOS MATADORES

**Rafael.**—Aunque sobre el diestro cordobés van pasando los años, no de igual modo por su manera de ser como torero. Las mismas desigualdades, los mismos desalientos, los mismos pasajeros entusiasmos con que terminó la temporada anterior, empieza la presente.

Los obstáculos, que para él debieran ser insignificantes, con que tropieza en cualquiera de las reses que le corresponden, influyen poderosamente para la sucesiva lidia de las mismas y despiertan el disgusto del matador.

Tal sucedió ayer en sus dos primeros toros, que si hemos de decir verdad, ninguna mala condición presentaban que justificase las prevenciones del diestro. Manejable el primero, siquiera un poco tonto, Rafael empezó bien la tarea con ocho telonazos aceptables, señalando media estocada, que el toro escupió instantáneamente. A partir de este punto, empezaron las dudas y las reservas, por no decir que el matador se huyó, lo cual pudo costarle caro poco después al tirarse en tablas del 8, con los terrenos cambiados, sin dar la salida necesaria y estando á punto de ser alcanzado en dicha jurisdicción. El final de esta parte de la lidia fué una estocada baja y contraria, que el público acogió con muestras de desagrado.

En su segundo becerrillo, que arriba mencionamos, empleó una larga serie de pases para hacer tomar al bicho una querencia que no tenía, pero en la cual buscaba su alivio el matador. A vuelta de algunas carreras consiguió el objeto deseado, sujetando al toro sobre uno de los caballos, y cuarteándose en media estocada en su sitio, de esas que Lagartijo da milagrosamente, y de las que ha hecho una especialidad.

En el quinto solo aplausos merece por la brevedad en el trabajo de muleta y el acierto en el herir. Cinco pases de lucimiento y un volapié hasta la taza, un poco caído del lado contrario, terminaron su cometido en la primera corrida, escuchando por ello palmadas merecidas.

En el resto de la brega y en la dirección, un tanto apática y no muy acertada en el par de banderillas que aceptación del público puso al último toro.

**Guerrita.**—El joven matador se ha presentado ante este público que tanto le quiere con los mismos deseos, la misma decisión y alegría de siempre.

El ganado de ayer no se prestaba á esos floreos á que es tan aficionado, y que agradan á mucha parte del público; sin embargo en la muerte de sus dos primeros trabajos con acierto é inteligencia.

Con el primero que le correspondió se adornó con la muleta y se apretó con el animal, propinándole una estocada arrancando, que no por ser algo caído fue menos celebrada.

En el segundo, que en el último tercio es el que más tenía que matar, trabajó con ahinco y con mucho conocimiento, en una de esas faenas que están sólo al alcance de los más prácticos en materias taurinas. Lastima que el resultado final no correspondiera al trabajo empleado.

En el último es donde estuvo más flojo; sin duda por el deseo de terminar.

Aunque marcó la suerte de citar á recibir, ésta no tuvo consumación, tanto por haberse echado el matador fuera de ella, cuanto por ser excesiva la distancia que mediaba entre los dos factores, espada y toro. Después de esto, Guerrita señaló dos pinchazos en hueso á volapié, dando fin de la fiera y de la corrida con una estocada en buen sitio.

Bregando con la capa, sigue abusando de los recortes que tanto le aplaude el público, sin comprender lo que estos perjudican al ganado, y con las banderillas perfectamente en un bonito par de frente y parando de verdad.

### LOS BANDERILLEROS

Mentira parece que en las dos cuadrillas que ayer había en la Plaza de Madrid, figuren los banderilleros más reputados. Si con toros como los de ayer, que ni se tapaban ni cortaban, ni desafiaban y no presentaban, en fin, ninguna dificultad para este tercio, lo hicieron tan detestablemente; el día que la suerte de banderillas sea de algún empeño, esperamos salir de la plaza sin haberla visto ejecutar.

¿No tienen los matadores respectivos autoridad suficiente para hacerles cumplir su obligación, en justa correspondencia al público y en beneficio de ellos mismos y de su reputación?

### LOS PICADORES

Rajaron y marraron, y por ende entregaron sus cabalgaduras á los toros, que se presentaron harto humanitarios sacrificando el menor número posible. Debemos, sin embargo, consignar que trabajaron con voluntad, Pegote en primer término, y después Paco Fuentes.

La entrada un lleno y bien la Presidencia.

DON CÁNDIDO.

